

Textos exposiciones

"el envés de los héroes ", (Juan Carlos Meana , *Galería Trayecto*, Vitoria, 1997)

Si imaginamos un reino de superficies mate, ¿sería allí posible orientarse? Sin duda la palabra yaceres le va a esta exposición, persistiendo en la neutralidad de una estancia sin rostros. Juan Carlos Meana susurra acerca de la postración que es condición del crecimiento, de su lucidez y su duelo. En esta vía el artista no se ahorra torturas, componiendo un escenario semi-clínico para el sufrimiento, para la vivisección del deseo. A veces, con la rareza de un ámbito en el que predomina lo inclinado, con enseres caseros trastocados, como después de la catástrofe lenta de un día que se ha atascado antes de cristalizar su alba.

No muy lejos de alguno de nuestros mayores, lo diario se insinúa como el decorado para lo inquietante. Por eso no extraña que se establezca un soliloquio con trozos del cuerpo humano, muñones que cuelgan señalando la plomada del infortunio. Se parte de la lasitud de los gestos, de la perplejidad ante el silencio reinante, su derrumbamiento mudo. Se nos inicia en la crisis y su desconocimiento, abismado ante lo imposible de una dicha que, en este limbo, apenas tiene ecos. Cuando aparece, el cuerpo se presenta como soporte de un malestar central, campo ciego de una batalla de desafectos.

A distancia de la tragedia de Narciso, presentimos el recogimiento de una última zozobra en medio de las planchas sin brillo -los pocos espejos esquivan el reflejo. Presentimos la congoja de una mirada imposible, velada por el desierto de una tela sin término. No sólo no hay destellos en esta habitación, sino que la palangana de la ablución diaria se inunda con la arena de un tiempo sin savia, desheredado de recuerdos. ¿Las toallas colgadas aluden al escenario penoso de una partida aplazada, al secreto de esas liturgias de la intimidad y su higiene? Ventura demorada, memoria borrosa de un Ática sin mármol ni orillas, los objetos cotidianos -vasos, camas, cristales, esparadrapo, armarios- abolen la autoridad de toda herencia por una suerte de enquistamiento. ¿Qué es lo que nos bloquea, la cobardía, la ignorancia? Por lo pronto, hay que reconocer el borde de las fracturas, experimentar la crueldad de esta parálisis. Como máximo, se podría decir, con Beuys: antes de otra aventura, descansa en tus heridas. Después tal vez venga una nueva experiencia, pero ahora es preciso respirar en esta frontera del día.

¡Si al menos se pudiera bajar a las lágrimas! Pues, si Rilke acierta otra vez, en lo hondo todo se hace ley, aunque ésta sea fatal. Pero no. Un mástil solo, sin enseña, recuerda el emblema de una virilidad trasquilada. Al lado, una pequeña tribuna perforada que también ha perdido las palabras de su arenga. La aparición de eventuales banderas -casi sudarios, por su flacidez descolorida- rememora la ausencia de causa, los viejos paños de una derrota anterior a la batalla. Estandarte blanco de la rendición entre hálitos de claustro, con la naftalina de antiguos roperos cerrados. ¿Ahí hemos guardado el viejo denuedo de la especie? Días cobardes tras el olor de la

madera que separa, con un interior de banderas sin color, sin polen ni viento. Telas desvaídas, símbolos de una vieja decisión ahora momificada. Sin embargo, ¿podemos finalmente prescindir de la lucha, ha ocurrido realmente eso? Acaso en la misma vehemencia por persistir en esta derrota haya, aún, un modo elemental de cólera contra el mundo.

Por lo pronto, seguimos entre los espectros de la desidia, incapaces de sobrellevar la situaciones de autoconciencia. Seguimos entre una pereza que produce extenuamiento, cierto temor de no arrancar nunca. Buscamos la calma y encontramos la fatiga, como en aquellas mudanzas agotadoras de Pessoa: las maletas, las tareas por hacer, lo que habría que dejar. Nos aplasta entonces el riesgo de pararse en este planeta movilizad, atrapados por un instante vacío. Un estado que la palabra agotamiento dista mucho de definir, no sé qué valle del corazón donde siempre está lloviendo. Ni siquiera lluvia, sino un paraje abrumado por un cielo y tierra fundidos en niebla inmóvil.

Perezas, fragmentos de órganos colgando, ensartados: poner a secar los miembros, como en una casquería de lo más íntimo. Colgar y observar las partes rotas, pobres reliquias del martirio. Guardamos los restos, por si algún día nos rescatan del exilio. Todo esto esbozando el envés del estruendo público en el que, finalmente, hemos de actuar. Delineando la fragilidad de nuestra épica, su relación secreta con una zozobra que jamás confesaría su trasfondo. Este podría ser nuestro fatal filo de navaja: ni queremos precipitarnos hacia delante gritando, ni cavilar tanto que olvidemos que habíamos elegido arriesgarnos. Si cierto día habíamos decidido partir, ¿cómo hemos llegado al ni... ni de esta especie de apoplejía anímica?

Otra vez, pues, la nube melancólica de ausencias ante espejos caídos, reposando en muebles de una sobriedad monacal. Entre cofres que no guardan más que el destello de su propia sombra, habitados por el susurro de lo nunca sido. Se reproduce así la queja muda de las cosas solas, inobservadas. Los espejos descolocados aluden a la imposibilidad de una presencia que se reconozca a sí misma. Su sombra abstracta es el signo de una marea de desarme que no cesa, acentuando el reflujó del estruendo exterior. Seguimos enfermos, separados del mundo. ¡Qué lejos queda aquel sueño infantil de estanques, de juegos de agua! Mientas tanto, sólo hemos conseguido cambiar el misterio por el vacío. Fijémonos que la pieza ¡Entre tú y yo! reproduce de nuevo la impotencia en la figura de una barra de bar sola, agujereada, con sendas bebidas en vasos de plástico iguales. Nuestro interlocutor es tal vez un otro a domicilio, tan igualado, tan perdido en la pesadilla de lo serial como nosotros mismos.

Puede que este anfiteatro formule una idéntica pregunta, revisada una y cien veces. Puede que aluda a un deseo primigenio que hay que repasar continuamente, en un implacable recomienzo, patrimonio de los que trabajan en su propia desolación, como los creadores -¿quién puede permitirse el lujo de no ser un creador? La brújula implacable de un norte mineral -¿quién fui?-, la paradoja de esforzarnos en arrancar el destino que de todos modos nos espera. El lento trabajo de la lima sobre viejos recuerdos, corrigiendo constantemente el matiz, el regreso de una sola y obsesiva cuestión. Co-rregir, con-vivir son palabras que signan una vida centrada por algo que la expropia. De ahí su metamorfosis permanente que quizá llegue algún día a descansar en ese peregrinaje. Mientras tanto, nos queda solamente la soltería eterna del preguntar; aunque se rodee de instrumentos, su efímera comunidad se sostiene desde el aislamiento. Deriva sin moradas; no progresar, sino viajar, bosquejando a

perpetuidad idéntica duda. Y la humilde obligación de volver a empezar siempre, de ser un principiante, intentando amar las preguntas mismas. De ahí la leyenda que rodea a nuestras minas, al reino impenetrable de nuestro trabajo.

Hay, sin embargo, algo extrañamente inquietante en todo esto. Antaño existían caminos, siempre se regresaba a casa. Ahora falta esa ilusión y cualquier experiencia se presenta más turbia. No obstante, deseo que estas obras estén lejos de acomodarse en el "nihilismo" al uso, de buscar su consumación en un orden climatizado y funcional. Querría ver todo esto lejos de ese arte imperial que se conforma, diseñados con un lujo de tecnología punta, con los llamados paisajes mediáticos. Si acaso, deberíamos experimentar la crudeza del nihilismo como lugar de paso, no creo que de asiento -entre otras cosas, porque se complementa demasiado bien con el nuevo orden global de los negocios. Sólo el autismo de un gremio fríamente "conceptual" puede cosificar nuestra dialéctica negativa en la pesadilla de una clonación anímica.

Existe hoy en día una poderosa alternativa de confort en este exilio, un terrible y eficaz pragmatismo, prometedor de un limbo técnico. Prefiero creer que Meana nos habla de un estado transitivo, un dolor preparatorio para alguna expedición. En el rigor de este áspero escenario se podría urdir una nueva violencia, una fuga. Después de todo, lo más escandaloso de lo inerte, esa caída ancestral, es que no cesa en dar qué pensar. Y, como recordaba Sartre, una comunidad espera, afuera, en ese yermo donde la intemperie de la condición humana se convierte en proyecto. Pasión sin otra recompensa que el reencuentro con una soberanía que no tiene tiempo, ni poder general que la subyugue.

Al final, la enfermedad es el medio con que un organismo se libra de lo extraño. Soportamos las crisis, con la paciencia de un convaleciente, en la conciencia de que ese es nuestro progreso. Por eso quizá Peter Handke decía que el cansancio abre, pues le hace a uno poroso, creando una permeabilidad para la epopeya de cualquier ser vivo. La epopeya del cansancio más propio, el que narra, proyecta en el rostro del otro, aunque yo no sepa nada de él, su historia. Tal cansancio recrea una última imagen de la Humanidad: reconciliada en su momento extremo, al borde de un agotamiento terminal, con el llanto de todas las cosas.

El desplome de ese llanto no puede dejar de prometer, un día, un remonte, un vuelo. Y aquí vuelve en nuestra ayuda la breve, casi pueril anotación de Rilke: Hay vida. Vida. Estar fuera.